



## **Rosalía Castro, vista a través de los recuerdos de su hija.**

María Victoria Fernández España

Publicado en *La Voz de Galicia* el 28 de julio de 1948

Este mes se ha cumplido el 63 aniversario de la muerte de Rosalía Castro. El 15 de julio de 1885, -un día triste y lluvioso- repicaban a muerte las campanas de Padrón; la gran poetisa gallega, la mujer que cantó en sus versos el amor y el dolor de nuestra tierra, se extinguía rodeada de los suyos, mientras fuera, en los campos, se alargaban los sonos melancólicos como quejas... "Campanas de Bastabales, -cando vos oio tocar, -mórrome de soidades...".

El año de 1885, fue también jubilar por coincidir, en domingo la festividad del Apóstol. Antes de morir Rosalía exclamaba: "Vámonos a Santiago a ganar el jubileo". Su deseo de ir a Santiago fue realidad: En 1891 se acordó trasladar su sepultura a la iglesia de Santo Domingo. Ante la tumba de Rosalía recitó Curros Enríquez sus famosos versos:

"Ay dos que levan n'a frente unha estrela, - Ay dos que levan n'o bico un cantar."

La vida de Rosalía, esa vida inmortal de sus obras, símbolo del ideal de una raza, se proyecta en las nuevas generaciones, en los jóvenes que en el día del aniversario de su muerte, ofrendan rosas y pensamientos, -su flor predilecta- sobre su tumba, silenciosa y blanca, de la iglesia compostelana.

Al evocar en estas líneas el recuerdo de Rosalía, -como un pensamiento morado y humilde- he querido que sea su propia hija, Gala Murguía Castro, quien trace una breve semblanza de su madre, siempre viva y amorosa en su recuerdo.

Doña Gala, la única hija de Rosalía que aún vive, habita en nuestra ciudad un modesto piso frente al camarín de los Dolores, y me recibe acompañada por una hija de don Andrés Martínez Salazar. La habitación esta presidida por un retrato de Rosalía en su juventud, aproximadamente en la época en que contrajo matrimonio con don Manuel Murguía. Dona Gala posee una gran fogosidad y sus ojos, -oscuros, graves, pensativos- recuerdan los de Rosalía...

Y yo escucho sus palabras, rápidas, entrecortadas, que giran en torno a Rosalía, en una tarde de julio, 63 años después de su muerte. Dona Gala recuerda a su madre, la ve escribiendo en su buró; sin impacientarse ante los juegos de sus hijos, y alternando la producción de sus versos con las diversas tareas de una madre de familia.

"Contrariamente a lo que se cree, ella no era una mujer triste; sólo lo fue cuando tuvo motivos fundados para serlo, al morir su hijito o al final de su vida consumida por la enfermedad. ¡Tocaba maravillosamente la guitarra! y declamaba... Mi madre tenía grandes dotes escénicas y de joven representó como aficionada alguna función teatral.

Recuerdo las palabras de Murguía: "Era tal su sensibilidad para la música que de haberse dedicado a ella sería tan buen compositor como poeta. Y así su éxito de innovadora en la métrica de la poesía de su tiempo se debe a su sentido musical".



Doña Gala sigue desgranando sus recuerdos: “Cuando las inundaciones de Padrón, mi madre desde la ventana contemplaba en silencio la vega inundada... Después se ponía a escribir. Era muy compasiva; cuando en la huerta se oía al “pobriño” que pedía, nos hacía apartar una porción de nuestro plato. Antes de morir, -¡que pronto llegó

la muerte para ella!- llamó a mis hermanas mayores y les hizo prometer que quemarían toda su obra manuscrita.

Hicimos una gran hoguera, y el fuego devoró sus últimas creaciones, según ella había ordenado. Y así murieron las últimas poesías inéditas.

- ¿Por qué cree usted que lo hizo?

- Estaría cansada de las muchas ingratitudes que recibió en vida.

- Dígame dona Gala: ¿Nunca se hicieron sus padres la competencia literariamente?

- Me indigna que puedan decir eso- responde vehemente. Estaban muy compenetrados. Antes de conocer a mi madre, mi padre alabó en su crítica, el primer libro de sus poesías. Mas tarde se conocieron en casa de la madre de Alejandro Pérez Lugín, prima de mi madre, y, en Madrid se casaron.

- ¿Ganó algún dinero su madre escribiendo?

- ¡Casi nada! Figúrese por “El caballero de las botas azules” recibió -así consta en un giro- 1.500 reales.

- Yo pienso que con tal herencia de apellidos gloriosos, es extraño que ningún hijo haya sentido da vocación literaria- digo a doña Gala...

- Ninguno la sintió -responde- ni tampoco quisiera que la hubiese. ¡He visto tantas cosas! ¡Tantos abandonos en vida, como agasajos en muerte!

Rosalía Castro y su esposo don Manuel Murguía, el ilustre escritor gallego, tuvieron seis hijos a los que Rosalía puso unos nombres románticos y extraños: Alejandra, Aura, Cala, Ovidio, Amara y Adriano... Ovidio sintió vocación por la pintura; los cuadros que de él conserva el Museo de La Coruña le revelan como un gran pintor, pero murió muy joven. El primer día del siglo cuando apenas contaba veintiocho años. Doña Gala me enseña su retrato: chambergo romántico, grandes bigotes, ojos soñadores, un joven que rompía sus cuadros de impaciencia ante una imperfección y que tocaba la guitarra como su madre.

- Ya ve: todos han muerto -exclama con profunda melancolía doña Gala-; aún conservo encendida la lamparilla que mi madre tenía ante la imagen de la Virgen, y encendida seguirá mientras yo viva ; conmigo se extinguirá su luz y también nuestra familia.